

# LA PINTURA EN LA MONTAÑA

POR MATXIN LABAYEN

Hay muchas formas de disfrutar del monte. Tantas, que sería virtualmente imposible enumerarlas todas.

La más corriente de todas y tal vez, la más popular, es la puramente deportiva.

En este caso, se va a la montaña a hacer deporte, a cansarse un poco, a respirar aire puro, y de paso, a contemplar panoramas y paisajes salvajes, nuevos, imposibles de hallar en el barullo y estrechez de las tristes y oscuras calles.

Y esto en sí ya es un arte, un arte genuinamente deportivo si se quiere, pero también el deporte es un arte cuando en él se busca la belleza contemplativa, pura y simple.

Y el Arte primordialmente es eso, belleza, aunque esa belleza se reduzca al disfrute estético más o menos sensible y emocionado de tal o cual paisaje.

A muchos les basta con esto, ya son felices con solo admirar el paisaje. Otros, en cambio, y también esta forma de disfrutar de la montaña es muy corriente y popular, no se contentan con el placer puramente visual, sino que anhelan algo más concreto, más perfecto a la vez, y ese algo se reduce a traer a casa, recuerdos definidos de los días pasados en la montaña, especialmente de sus maravillosos y nunca demasiado admirados paisajes.

¿Y qué mejor para esto que una máquina fotográfica? Le gusta al fotógrafo, le llena este u otro paisaje, rocoso y abrupto éste, dulce y suave aquél, pues no tiene más que apretar un botón y ya está.

Y ahora que la fotografía en color se está imponiendo, lo cual no es nada extraño ya que el color es algo definitivo, y de una belleza exquisita, sin par, sobre todo en la montaña donde luce sus mejores galas, qué delicia es contemplar junto al calor del fuego hogareño un día frío, lluvioso y gris, cuando no apetece salir fuera, maravillosas fotos en color, que nos recuerdan deliciosos panoramas y horas felices —las más felices de nuestra vida— pasadas en la envidiable soledad de la montaña.

La ciudad llega a cansar con el tiempo y al final uno siente vehementes deseos de escaparse del tufo y ruido callejeros, de las mil «ventajas» de la «civilización» y vivir libre, alegre, feliz, un poco como un ser primitivo en plena montaña al estilo de los primitivos anacoretas que nada querían saber del mundo. Hay hambre de soledad, hoy en día. Es bien comprensible este deseo, este anhelo imperioso, ya que la montaña nunca cansa, nunca, porque en ella hay silencio, paz, belleza, luz, y esas cosas nunca cansan, no pueden cansar porque son precisamente las que más fal-



tan en el mundo de hoy tan revuelto, tan descalabrado, aturdido por las explosiones nucleares y que vive bajo el impulso de un terrorífico sueño, semejante a los que aparecen en las narraciones torturadas y espantosas de Edgar ALLAN POE.

Pero sin embargo, y a mi modo de ver, como más se disfruta del monte es pintando, sí señoras y señores, pintando.

El pintar en el monte constituye la forma más perfecta y original y a la vez sincera de disfrutar de la montaña en toda su plenitud. Supongamos que a un determinado pintor, semejante a un sencillo y profundo poeta homérico, o a un fantasioso y ardiente poeta romántico —todo pintor es un poco poeta— le gusta un paisaje determinado y quiere captarlo en el papel o en el lienzo. ¡Ardua y delicada tarea la suya, que requiere trabajo y fantasía! Pero he ahí que en ese paisaje montañoso hay un elemento que desentona, por ejemplo un árbol; pues se quita ese árbol y adelante.

¿Que interesa exagerar tal o cual detalle, v. g., la altura de una nevada cumbre o el verde rabioso de una pradera olímpica? Pues se exagera la altura en cuestión y se hace más rabioso el verde de la pradera, o sencillamente distinto.

¿Que interesa introducir un grupo de rojizas rocas, un amarillento bosque o un azulado río que no consta en la realidad? Pues se introducen.

Como vemos por estos cambios mágicos de que es capaz el pintor, está por encima del deportista y del fotógrafo.

El deportista se contenta con contemplar la belleza de la montaña, de los paisajes que en él halla, sin ir más allá, su contemplación es pura y simple, soñadora.

El fotógrafo en cambio, va un poco más allá, busca algo más concreto, y con su máquina capta con más o menos sensibilidad este o aquel paisaje y con rigurosa exactitud —tal cual es— con sus virtudes y defectos ya que el paisaje de la montaña no es perfecto —ni ningún paisaje— aunque aquellos le desagraden. Pero la máquina no da más de sí.

Al contrario, el pintor saca el paisaje a su gusto, como lo siente, como él quiere que salga en el papel o en el lienzo, eliminando detalles feos, añadiendo otros, exagerando o cambiando los colores e incluso las luces.

El pintor domina el Paisaje, hace de él lo que quiere y lo que siente. El crea el Paisaje, crea la belleza a su gusto y fantasía, y esto es para mí lo más perfecto. Crear belleza dominándola. Y crear es sentir y sentir ya es ser libre y ser libre en este caso es ser dueño del Paisaje.

El deportista se siente dominado, atado, aprisionado por el Paisaje de la montaña, y se queda ahí quieto, estático, como un guerrero vencido. El fotógrafo ya logra robarle algo de su belleza al Paisaje, pero es incapaz de crearla, la capta en parte y al fin de cuentas el Paisaje le domina y domina a su máquina. El Paisaje les vence a ambos.

En cambio, el pintor crea la belleza —no la copia—, hace del paisaje lo que se le antoja, lo transforma radicalmente si ese es su deseo, según su fantasía y sensibilidad. Es decir, que vence al Paisaje, puesto que es capaz de crear paisajes y bellezas distintos a los que ve. Y el disfrute es mucho mayor a mi parecer. Ya que se crea algo.

¿Y no es crear la máxima aspiración del hombre?